

## LA NARRATIVA EN LA REGION DEL LITORAL \*

Por

GASTON GORI

### I

1. — El curso que organizó la Dirección de Extensión Cultural de la Universidad Nacional del Litoral tuvo por objeto determinar, en cuanto ello fuera posible, la actualidad cultural en la parte centro norte del Litoral fluvial. En lo que respecta a la narrativa, por la naturaleza propia de la materia que debemos estudiar, se presentan de inmediato algunos interrogantes puesto que debemos circunscribirnos a los escritores que actualmente residen en el ámbito de estudio, pues no se trataría sólo de una valoración de obras publicadas, sino de la presencia de los hombres que además de escribir, actúan de una o de otra manera participando del quehacer cultural, como ciudadanos o como intelectuales. Esa necesidad de restringirnos a los escritores que viven en la región estudiada, nos plantea el primer interrogante. ¿Es correcto como objeto de estudio de literatura excluir los antecedentes o dejar de lado los libros que fueron escritos por quienes ya no residen aquí? Evidentemente no podríamos efectuar una exclusión tan drástica sin advertir que el libro por sí mismo, por su permanente difusión, ejerce una acción cultural independiente de la residencia o no

\* Del ciclo "Aspectos actuales de la cultura litoralense" organizado por el Departamento de Extensión Universitaria en el año 1968.

residencia del autor en una región determinada, en este caso el litoral. Pero tratándose de una investigación no general de la narrativa en nuestro medio litoralense y de su influencia en la masa de lectores, sino de una necesidad de precisar en un momento dado qué se escribe en ese medio, parecería aceptable, como objeto restringido de estudio, esta autolimitación impuesta a un tema de por sí muy vasto y que contiene imponderables que escapan a toda estadística por lo mismo que el destino anónimo del libro en cuanto circula sin posible controlador de su eficacia, hace imposible una valoración más o menos precisa de su participación en el desarrollo de nuestra cultura. Porque tampoco es posible establecer, hasta qué punto todo ello queda relegado por la influencia de centenares de escritores del mundo entero cuyos libros están en manos de lectores radicados precisamente en el medio litoralense. Con esto quedaría aclarado que no desconocemos que hablar de la narrativa del litoral en función de su influencia cultural, es un problema de muy difícil dilucidación y al no proyectarnos hacia esa ambición debemos determinar un objeto menos complejo: investigar sobre obras publicadas de escritores que también con su presencia en la región ejercen influencia en la cultura, y ubicar las características de la narrativa. Esto último nos impone la necesidad de aclarar sobre el método de estudio. Como no es posible ahora detenernos en cada uno de esos escritores, resultará, nos parece, más eficaz agruparlos según los puntos de concordancia que tuvieren en cuanto al contenido de sus libros; y como difícilmente pueden eludirse los antecedentes puesto que ellos conservan aún su virtualidad, quedaría completado el panorama con una somera referencia a ellos.

2. — Por lo dicho queda sobreentendido que no me referiré a escritores como Gustavo Martínez Zuviría o Manuel Gálvez, que habiendo escrito aquí sus primeras páginas y participando en la redacción de diarios o revistas, realizaron después su verdadera obra literaria en Buenos Aires, ciudad que continúa siendo de fuerte atracción para nuestros escritores. Pero

excluidos esos antecedentes de hombres que abandonaron su medio —sólo hemos citado dos— aunque continuaron con vinculaciones sociales en él, lo que no podríamos dejar de considerar son los antecedentes de quienes como Mateo Booz en Santa Fe o Martiniano Leguizamón en Entre Ríos, han orientado con su influencia la labor de muchos otros escritores que contribuyeron con sus obras a integrar una particular configuración de nuestra narrativa. No quiero decir con ello que en lo que refiere a Mateo Booz haya tenido la preocupación por teorizar sobre narrativa y que tuviera discípulos que lo siguieran. No, lo que ocurre con él es algo similar a lo que dijo Martínez Estrada con relación al “Segundo Sombra”, que éste no hubiera sido escrito si no existiera el antecedente del “Martín Fierro”. Es decir que se produce un fenómeno literario que consiste en ser consecuencia de otro anterior por el hecho de haberse abierto una clarísima brecha de observación de la realidad, aunque ésta sea derivada de otra originaria. Mateo Booz con sus cuentos, por primera vez en Santa Fe dio imagen narrativa fiel a una realidad que era vivida por el pueblo, pero que fue necesaria su presencia como escritor, fueron necesarios sus libros, como “Santa Fe, mi país”, para que esa realidad fuese apreciada nítidamente como fuente de inspiración literaria por otros escritores, y consiguientemente como susceptible de ser valorada dentro del esquema en que se moviera la creación de Mateo Booz. De tal manera esa toma de conciencia de la realidad —o más precisamente de aspectos de la realidad social— hizo posible que surgieran luego escritores que continuaron observándola de similar manera aunque hubiesen variado ciertas circunstancias de ambiente y de tiempo. Sin Mateo Booz es muy posible que nuestra literatura hubiera tomado otro rumbo desde que su posición fue combatida también, con el objeto de sustituir el contenido de sus cuentos por otro de mayor implicancia en la conciencia social y política de sus lectores. Pero el ascendiente literario de Mateo Booz basado en la justa observación de costumbres y supersticiones, o en la eficacia artística de sus relatos, se impuso de tal manera

que desde él hasta el presente continúan siendo temas narrativos hombres y mujeres típicos de la ciudad o de las islas o de las chacras o pequeños pueblos santafesinos que sólo habían adquirido jerarquía como asuntos literarios después de los cuentos de Mateo Booz y en mucho menor medida de los de Carlos Carranza. Con esto quedaría sintéticamente explicada la influencia que ha tenido en nuestros escritores y por ser visible aun en muchas páginas actuales es valdero recordarlo así como a Martiniano Leguizamón en Entre Ríos. En aquella provincia se han conservado más profundamente las características del gaucho —criollo decimos al argentino que por alguna rama desciende de indo-español— y las costumbres derivadas del trabajo pastoril a pesar de lo mucho que ha avanzado en otros aspectos de la producción, y del aporte inmigratorio de origen europeo. El hombre y el escritor entrerriano —en general— tiene un sentido más acentuado de amor hacia el terruño; diría que es patriota adjuntando la patria al suelo, a la provincia que le es propia, de tal manera que ser entrerriano es manifestarse con un tipicismo distinto al santafesino —por ejemplo— quizá con más fervor en los medios populares por tradiciones no desaparecidas o conservadas con cierto orgullo, con un modo de ser que enraiza con el pasado donde lo argentino como trasunto histórico, tiene valor esencial. Lo ha particularizado Leguizamón al llamarle “Alma nativa” a uno de sus libros, y si ello se da en la provincia de Entre Ríos, es también —nos parece— porque a diferencia de Santa Fe, sus habitantes proceden étnicamente de antepasados criollos en proporción más elevada que en esta otra parte de la región fundamentalmente poblada por inmigrantes europeos en el siglo pasado en toda la zona oeste, en la que prácticamente no existían poblaciones criollas, si se excluyen pequeños núcleos homogéneos de indígenas, hoy desaprecidos. Esa realidad en ambas provincias se trasunta en su narrativa de manera tal que podríamos decir que en una existe mayor predominio localista mientras que en la otra, la concepción literaria de los

asuntos locales está más influida por teorización cuyos valores elementales aplicados a la narrativa la van apartando cada vez más de lo que se ha dado en llamar "regionalismo".

3.— Como nuestro objeto de estudio tendrá en cuenta a escritores que realizan su obra viviendo en el litoral, por lo que puede influir también culturalmente en su medio con su presencia, tendré que tener en cuenta no sólo los libros editados sino también obras cuya edición permanece demorada pero que fragmentariamente son conocidas a través de publicaciones en periódicos o revistas y cuyos autores, con antecedentes de libros anteriores, forman parte del movimiento literario que en el presente se desenvuelve en la región. De modo pues que para sacar conclusiones, y hasta donde ello me resulte posible, he de tenerlas presente conjuntamente con la mayoría de los libros publicados que han alcanzado cierta gravitación por su relevancia literaria y por su difusión entre lectores, además de aquellos que han adquirido ya la consagración de varias ediciones. Con todo ese conjunto de obras puede intentarse una clasificación agrupándolas según su contenido, entendiéndose que abarcan tanto la novela como el cuento. Predomina la literatura realista, es decir, la que procura reflejar la realidad circundante, los hechos, las peripecias, los dramas de hombres de real existencia en su medio aunque sometidos a las exigencias de la narrativa. No la realidad pensada, imaginada en un plano de valores filosóficos, sino la consuetudinaria del hombre que vive, trabaja, etc., en función de un medio geográfico y social determinado, como hombre de existencia real: el simple ser humano cuyos asuntos, cuyos hechos, cuyos sentimientos constituyen el basamento de la creación literaria. Este realismo en nuestra narrativa no está exento de intención crítica, en algunos casos, no apuntando ella estrictamente a lo social, sino a lo humano y en cuanto al paisaje se lo expresa con elementos sucintos, pero suficientes como para tipificarlo, de tal manera que las zonas de montes, de ríos, de islas, o de llanuras labradas, están reflejadas en la

mayoría de los libros cuyos personajes son una extracción literaria de ellas. Pareciera que la realidad, por la potencia de su naturaleza, por su virgen robustez no desgastada en la narrativa, avasallara en la mayoría de nuestros escritores, cualquier intento de salirse de ella, como si su poder viviente, *su realidad*, impusiera su atracción con mayor eficacia que cualquier escapatoria que tramara la imaginación. El realismo es consustancial, en términos generales, de la narrativa en estas provincias argentinas, y hasta quienes en determinado período anotaron esto como una debilidad en la narrativa de Mateo Booz, hasta quienes lo subestimaron negándole trascendencia precisamente por esa manera de ver sus personajes y de incorporarlos al relato, concluyeron en sus propias obras por ser realistas si no estrictamente como Mateo Booz, por lo menos sin apartarse de su huella más que lo indicado por un tiempo nuevo y un medio cultural modificado...

El realismo siguió avasallando o subyugando con sus siempre renovadas posibilidades, la creación de los narradores que caracterizan a la mayoría de los escritores en esta parte del país, observándose que escritores que han hecho experiencia en fecunda labor, procuran —a menudo con éxito— incorporar a la realidad valores intemporales, de modo que actúa la fantasía como factor de creación que de pronto inutiliza a la realidad de hechos, de situaciones, y la trueca en parte por una realidad idealizada, sorpresiva, posible e imposible, pero en cuya subjetividad el hombre se reconoce a sí mismo. En éste interviene una concepción evolucionada del arte literario que sin apartarse de la vida observada, estudiada, la concibe como implícita en lo que tiene de creadora la inteligencia más allá de las meras acciones o situaciones en que pidiera estar colocado el hombre en cualquier momento excepcional de su vida real. Esta mezcla de realidad predominante y de fantasía (que por lo general condiciona los desenlaces de cuentos) por lo mismo que conserva sustancialmente lo real, hace que este tipo de narraciones —en los libros estudiados de esta región— no puedan ser clasificados como fantásticos, aunque

en ellas la fantasía haya intervenido para modificar, de pronto, el curso normal —diría— de la anécdota. Por supuesto que con sólo mencionar ese elemento fantástico en nuestra narrativa, nos está dando la medida del apartamiento operado con respecto a la concepción del cuento que tuvieron entre 1920 y 1940, los escritores litoraleses cuyas obras perduran. Y aunque no todos los realistas actuales pueden ser comprendidos en este último aspecto, su número es suficiente como para señalar una tendencia.

4. — El costumbrismo sería una de las manifestaciones del realismo, pero lo podríamos diferenciar en tanto el escritor realista no exige que la realidad de su personaje esté generalizada; puede constituir una unidad y su medio una parcialidad estrecha. Lo que es propio y evidente de un protagonista que sea en la realidad literaria una persona, o lo sea en la circundante, podría dar lugar a un cuento realista. El costumbrismo abarca no la costumbre o las costumbres de un personaje, sino que se extiende hacia cierta generalidad. Tomo su sentido en el concepto de costumbre en tanto sea esta una manera de ser, un conjunto de modalidades que son propias de un pueblo o de una nación. Ser costumbristas en literatura, es ser un reflejador de "mores", de manera que lo que es propio de los personajes, lo sea también de todo el conjunto popular con el que se lo identifica. En este sentido creo que en la narrativa de Entre Ríos se dan más frecuentemente los escritores que hacen de las costumbres del pueblo un elemento predominante en sus obras quizás por ese acendrado amor a todo lo que es propio de la tierra en que se vive y en ese casi distintivo de saberse herederos menos contaminados de influencias étnicas extrañas, o de saberse más celosos custodios de ciertos valores históricos o tradicionales fundados en hechos de gran trascendencia nacional. Lo costumbrista en aquella provincia, cuando es motivo de la narrativa, llega a ella diría que con un serio respeto por las modalidades del hombre del pueblo y a veces, con cierta complacencia de sa-

berlo suyo y de reconocer lo propio de sí mismo en elementos sobresalientes de la caracterología de los personajes. En cambio en esta parte del litoral, en Santa Fe, los escritores costumbristas tienen algo del acento que Mateo Booz dio a muchos de sus cuentos, en los que la ironía es una forma de *juzar costumbres*. En cierta actitud sobradora se mantiene el escritor mientras deja hacer a sus personajes su papel. Esto es visible no solamente en Segundo Ramiro Briggiler —el malogrado autor de “El anillo”— sino aún en jóvenes escritores que, si han cambiado la ironía por otra forma de juicio, es porque no siempre es posible estar por sobre lo que generaliza el modo de ser de un pueblo al que se pertenece —inclusive en cuanto a sus costumbres y manifestaciones culturales atrasadas—, para observarlo y sonreír... La ironía es una sonrisa compleja. Por ella se sonríe reservándose conceptos que no se manifiestan, que se suponen o que se dan por sobreentendidos.

El crítico ingenuo de costumbres tiende a arremeter contra ellas o a rechazarlas emocionalmente y pierde en eficacia. El narrador que las respeta pareciera quedarse en esa especie de deslumbramiento de saberse trasmisor de lo que es típico del medio dentro del cual el que suscribe es parte integrante que lo acepta tal como es o casi orgulloso —en algunos casos— de mostrarlo así... Algunos libros de esta región asumen este carácter dentro del costumbrismo.

5.— Los escritores cuyos libros sirvieron de material de estudio —sintetizamos conclusiones en los párrafos anteriores— dejan testimonio de la sociedad donde viven en tanto sus personajes, las situaciones, las costumbres, son propias de una realidad emergente en un tiempo determinable y un ámbito reconocido como existente.

Estos escritores no denuncian sin embargo los factores sociales que hacen que sus personajes sean de una u otra manera o padezcan dramas que no son exclusivos de su naturaleza. Narran sin preocuparse de los fundamentos sociales que hacen posible que sus personajes se encuentren en situaciones deter-

minadas. Predomina en ellos el ser humano como si no resultara su vida —en la parte que influye en ella la sociedad— una expresión de esa misma sociedad. De modo que lo que tienen de escritores sociales, les viene de una síntesis, de un resultado que no se cuestiona, pero que proviene de la sociedad. Carecen de un fondo polémico, y de una fuerte visión de lo que cambia en el mundo del hombre de hoy. La parte de crítica que los cuentos contienen —como en el caso de Mateo Booz— apuntan al hombre y no a la organización social. El rudo hombre de nuestros montes o islas —distintos en sus ocupaciones, modalidades, etc.— no impresiona en estos escritores realistas o costumbristas sino por esas modalidades, etc. que les son propias, sin ir más al fondo de su realidad social.

Por eso puede deslindarse otra tendencia diferenciable de aquella en nuestra narrativa y es la de los escritores cuya literatura es denominada *social*. Y su discriminación y agrupamiento en un ítem distinto de los meramente realistas o costumbristas, puede fincar en la intención estética o en la concepción distinta que tienen de las finalidades del arte. Para estos escritores de la región del litoral, la función social de la literatura comprende la necesidad de poner en evidencia aspectos de una sociedad que condiciona la conducta del hombre y que determina que su vida no sea —generalmente— la que podría ser si se organizara bajo otros principios sociales. En el litoral no son los más numerosos, pero quizá sean los que más trascendieron con sus libros. Aunque esta posición de realismo social es sostenida por muchos de los nuevos escritores, y por los principales de la generación anterior, no siempre los jóvenes cuentistas han concretado en obras la teoría. Existen, al parecer, dificultades que los hacen quedar en el plano de lo teórico en perjuicio de la efectiva creación literaria. Presumiblemente esto se debe imputar más que a las cualidades o condiciones del narrador, a las múltiples presiones que sufre el intelectual en el mundo de hoy, que si no lo desvían

de sus convicciones, lo hacen vacilar en la imposición y defensa de la independencia del pensamiento ante riesgos demasiados conocidos.

6. — Las narraciones de carácter histórico en el sentido de estar basadas en hechos del pasado que tuvieron trascendencia ya sea en el aspecto institucional o porque gravitaron en la vida general del pueblo y aun en la modificación de los usos y costumbres a raíz del aluvión inmigratorio, tienen autores que cuentan con antecedentes tan ilustrativos como el de Mateo Booz y José M. del Hogar. Estos escritores, a través de las peripecias en que se mueven sus personajes, recrean una realidad histórica sin hacer de ello crónica, sino cuentos o novelas que en primer término consultan las exigencias literarias. Lo histórico es el material de que se valen, como si en un cañamazo preestablecido por la información documental elaboraran sus relatos.

En esta clasificación de libros escritos en nuestra región, es necesario agregar a narradores que apartados de lo que es estrictamente histórico en el sentido de esa disciplina que valoriza hechos de gravitación general en la provincia o en la nación, escriben cuentos o novelas cuyos personajes, como seres vivos, han pertenecido a un tiempo pasado, protagonistas de narraciones que fueron hombres o mujeres anónimos, pertenecientes al pueblo y cuya historicidad finca en el hecho de que son seres del pasado. Si Martín Fierro fue personaje de su época, escribir hoy sobre otro que a ella perteneciera sería elaborar históricamente las peripecias de alguien que ya no es parte de la realidad del tiempo presente, ni de la realidad inmediata. En este orden podrían señalarse libros de literatura que denominada histórica en tanto el hombre que es protagonista de las novelas o los hombres que lo son de cuentos pertenecientes a un pasado más o menos remoto. Aunque es una inclinación al parecer general en el escritor eso de escribir en presente sobre vivencias lejanas, en el caso de la narrativa histórica existe un propósito consciente, deliberado, de

reconstrucción, de rescate, más evidente cuando más lejana en el tiempo está la realidad rescatada. Si José S. Alvarez reflejó una realidad, en "Viaje al país de los matreros", de su tiempo, Martín del Pospós recrea una realidad entrerriana que no siempre es la que le rodea. En este orden del pensamiento, algunos de sus cuentos —nos parece— son de reconstrucción histórica. Sus personajes y aun la naturaleza del medio forman parte de un Entre Ríos del pasado desde que otra realidad es evidente en la caracterología general del "país de los chajás" en este tiempo profundamente modificado o influido por una visión del mundo que no pudieron tener aquellos criollos descendientes de los legendarios hombres de la selva de Montiel o de los ríos, arroyos e islas que fueron guarida de los matrones de Fray Mocho.

7 — No pareciera aceptable que se hiciera una distinción especial entre escritores y escritoras, puesto que sería irrazonable dividir, por cuestión de sexo, la apreciación crítica de los libros. Pero es oportuno señalar que las escritoras que hoy publican libros dentro de la narrativa —me refiero siempre a esta región —se diferencian fundamentalmente de aquellas señoritas que ocupaban páginas de revistas con sus "elucubraciones" que sólo tenían por finalidad ponerlas en evidencia en una sociedad que ni las admiraba, ni las aplaudía, ni se interesaba más que por el hecho de que sus nombres figuraran en revistas en secciones que no eran "sociales". No contamos, en el litoral, con numerosas narradoras, pero las que existen son mujeres que participan en los movimientos culturales, como escritoras, preocupadas por problemas de la literatura o por los que refieren a la vida en nuestra organización social, problemas que deben ser afrontados desde el punto de vista del destino del arte o de sus fundamentos como quehacer humano. Se observa en nuestras escritoras concordancia en cuanto a develar a través de las peripecias de sus personajes, la naturaleza humana, y en este sentido, han superado las compla-

cencias con una sociedad de la cual sólo esparaban la mayoría de sus antecesores, el reconocimiento de círculos sociales o el aplauso fugaz de circunstancias.

Los libros de hoy plantean situaciones, dilucidan caracteres, exaltan cualidades en trama argumental que no solamente es posible creativamente, sino que, particularmente, se aferra a un natural transcurrir de la realidad. Si los poetas se han rapado, las mujeres escritoras pareciera que desearan que se olvidara el lector de su condición femenina, superada por la igualitaria condición de ser humano frente a la vida y a la sociedad. Es demasiado tentadora la intención de nombrar a Marta Samatán, y no es fácil resistir la necesidad de mencionarla contrariando nuestro propósito de no hacer nombres actuales.

8. — Mateo Booz pertenece a la historia literaria. Los lectores de sus cuentos, los de la nueva generación, no son apasionados de él, sino que lo leen por la gravitación de su obra, más generalizada y conocida en la actualidad de lo que fuera entre sus contemporáneos. Es lo que se llama vulgarmente, un clásico, no para seguirlo en su arte de narrador, sino como uno de los notables de la literatura sin entrar a jerarquizarlo, a ubicarlo en uno u otro plano. Basta su nombre para saber a qué atenernos: es Mateo Booz, el cuentista. Ha dejado libros impercederos, como “Santa Fe mi país”; es el escritor del que se recuerdan anécdotas, del que siempre se quisiera saber algo más —por lo menos entre quienes alcanzamos sus últimos años— como quien no se satisface del todo con la lectura de sus cuentos porque sospecha que detrás de ellos ha existido una personalidad singular. Esta fue la curiosidad o la necesidad de saber con respecto a él, que tuvo la generación de escritores que le siguió inmediatamente en el tiempo, y que no aceptaron, sin embargo, ser sus continuadores porque no admitieron su concepción del arte literario, pero que lo estudiaron y lo divulgaron con más amplitud que sus contemporáneos; admitiendo por lo demás, que esos contemporáneos, en esta región,

tampoco estaban en condiciones —por las características del medio ambiente o por la escasez numérica de críticos— de hacer mucho por otro escritor puesto que ellos mismos como escritores poco significaban. Los hombres más destacados en las letras habían sido ya atraídos por Buenos Aires y, como es frecuente en estos casos, se desentendieron del resto del país en ese aspecto.

Luis Gudiño Kramer a pesar de su endeblez teórica, está entre quienes ejercieron más influencia en cuanto a promover una nueva toma de conciencia con respecto a la función del escritor, en un período —1940-1950— favorable a la discusión de los problemas sociales y la participación del escritor con sus obras, en el esclarecimiento de las causas que originadas en nuestras instituciones políticas, en sus prácticas, en la organización social, determinan las situaciones del hombre protagonista de las narraciones, y también, la manera de ser del mismo cuando está condicionada por esas causas. Los narradores jóvenes de hoy, especialmente los de la provincia de Santa Fe, abarcan un panorama más amplio, en general, que el que vieran sus antecesores, aunque hasta ahora, sólo dos o tres escritores de esta generación están realizando una labor literaria que sin haber transmitido aún todo lo que de ella puede esperarse, parecieran erigirse como los sostenedores y continuadores de la narrativa en una región que es rica en motivos reales— hombre- hechos, paisajes— e importante por su cultura, atenta siempre no sólo a lo que ocurre en la literatura en nuestro país, sino en naciones del mundo que gravitan en el arte universal.

Por lo demás, cuenta la nueva generación de escritores con estímulos que hasta 1940 —por dar una fecha— no existieron. Numerosos certámenes literarios son auspiciados por entidades culturales, para escritores noveles que además de distinguirlos con premios, llegan hasta a la edición de sus obras.

El nivel cultural de esta región y su actividad literaria deja solo, aislado, al que por sí mismo elige esa posición. No ocurría eso en los años en que Ricardo Rojas escribió algunas páginas sobre la historia literaria de estas provincias...

